

Zorann Petrovici, *La Guerra del Rey*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2025, 434 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/wvtmcy97>

El siglo XIX fue un periodo de decadencia para España, pues ya había perdido su esplendor de hacía tres siglos; la pérdida de los territorios americanos y la aparición de otras potencias europeas (Reino Unido y Francia) hicieron que el país acabase en un segundo plano en la esfera internacional, y no participase por ello en la Primera Guerra Mundial. Durante estos años reinaba en España Alfonso XIII (1902-1931), cuya figura sigue siendo controversial a día de hoy. Sin embargo, en *La Guerra del Rey*, el investigador Zorann Petrovici recupera un episodio desconocido para el público mayoritario, pero que en la última década se está rescatando: la Oficina de la guerra europea, una institución extraordinaria y dependiente de la Casa Real española, cuya función fue la búsqueda de desaparecidos durante la Gran Guerra, así como la mediación para conseguir la puesta en libertad de soldados y civiles que estuvieran prisioneros.

A través de las páginas de *La Guerra del Rey*, Zorann reconstruye, mediante una narración que mezcla la alta divulgación y la crónica periodística, aspectos muy diversos que van desde la situación diplomática de España durante su neutralidad, su prestigio a nivel internacional y, por supuesto, la fundación de la Oficina y algunas de sus actividades en materia de ayuda humanitaria. La reconstrucción del funcionamiento de la Oficina ha sido posible gracias a un amplio abanico de fuentes; fundamentalmente, el archivo del Palacio Real que conserva la gran mayoría de expedientes tramitados por la Oficina (los cuales llegaron a los 200.000). Igualmente, interesantes son las numerosas fuentes periodísticas -principalmente prensa francesa- que el autor maneja.

Sin duda, la mayor contribución de Zorann es abordar aspectos que otras obras no habían tratado, pero también revisar la veracidad de ciertas informaciones tradicionalmente aceptadas, como el origen de la carta que habría iniciado la actividad de la oficina. Esta, según las obras más antiguas, habría sido enviada por una lavandera del sur de Francia, pidiendo que ayudaran a localizar a su marido, desaparecido en Bélgica;

una vez completada la tarea con éxito, un diario regional, *Le Petit Gironde*, habría publicado un artículo donde hablaba sobre esta acción; sin embargo, Zorann aporta luz a este episodio corrigiendo algunos datos gracias a un exhaustivo trabajo de comparación de periódicos y fondos documentales albergados en el mencionado archivo del Palacio Real, llegando a la conclusión de que no hay fuentes que indiquen que la mujer era una lavandera o que *Le Petit Gironde* no fue el primero en hacerse eco de esta actividad de Alfonso XIII, pues ya lo había recogido antes otros periódicos.

También hay que resaltar, por su interés, los numerosos relatos personales repartidos a lo largo de todo el libro y que muestran las dos caras de un conflicto: la tragedia y el sufrimiento -principalmente de las poblaciones civiles- pero también la esperanza y, en muchas ocasiones, el final feliz gracias a la mediación de España. Hay que hacer una mención especial al capítulo 3, donde se expone un estudio de caso narrando en detalle la historia de Lucien Thiétart, antepasado de unos amigos del autor, que se unió al ejército francés y cuyo expediente -depositado en el Archivo General de Palacio- se desgrana en detalle.

Pero la Oficina de la guerra europea no solo se encargó de la localización de prisioneros y desaparecidos, sino que también, en colaboración con algunos de sus embajadores -principalmente en Alemania o el imperio austro-húngaro- envió delegados a numerosos campamentos de internamiento para conocer el estado de las instalaciones e infraestructuras y a la vez atender las peticiones de los cautivos.

La localización y repatriación de prisioneros y las visitas a campos de internamiento fueron las actividades principales de la Oficina, aunque no las únicas; la institución también estuvo presente en los buques-hospitales, barcos encargados de transportar a heridos y a los que Alemania -a partir de enero de 1917- acusó de ser herramientas de los aliados para transportar armas y soldados, amenazando con hundirlos. Ante este peligro, España envió a los barcos delegados que garantizasen su función humanitaria a la vez que los salvaguardaban de posibles ataques germanos. Otro ejemplo de las actividades colaterales de la Oficina fue el envío de libros para los cautivos en campos de internamiento, tanto para aquellos que buscaban ocio, como para los que querían aprender español.

La obra concluye con un último capítulo que recopila los numerosos reconocimientos que recibieron Alfonso XIII y muchos de los funcionarios que trabajaron en la Oficina, algo que demuestra que, lejos de haber pasado desapercibida, se le dio cobertura y se reconoció su labor humanitaria.

En definitiva, nos encontramos ante una investigación valiosa para el conocimiento y estudio sobre la Oficina de la guerra europea; la forma en la que el autor explica tanto el contexto previo a la Guerra como algunos acontecimientos de la misma, permiten al lector conocer en profundidad el marco internacional en el que se tenía que mover España, muy delicado debido a su posición de no beligerancia. Del mismo modo, cabe resaltar lo útil que es este libro para el estudio de esta extraordinaria institución, tanto por la revisión que realiza sobre las tesis de las investigaciones previas, como las innovadoras aportaciones que se incluyen, abriendo nuevos frentes para profundizar en este organismo humanitario tan reconocido en su momento, pero sobre el que todavía pesa el olvido.

DAVID GONZALO MIGUEL VIDALES

<https://orcid.org/0009-0004-2296-0747>

Universidad de Valladolid

[davidgonzalo.miguel@uva.es](mailto:davidgonzalo.miguel@uva.es)